

Heterosexualidades masculinas flexibles

Carlos Eduardo Figari

Introducción: flexibilizar la heterosexualidad

La intención de este artículo es plantear algunas trayectorias biográficas que problematizan la heterosexualidad como categoría identificatoria y clasificatoria en Argentina. Esta fenomenología de las prácticas y discursos denominados aquí como “heterosexualidades flexibles” intenta identificar, de acuerdo con sus condiciones de producción, prácticas, experiencias e inclusive identidades de hombres que se definen a sí mismos como heterosexuales y que alteran, de algún modo, el canon de las metáforas genéricas de diferenciación y caracterización erótica dentro de la matriz heterosexual hegemónica.

El uso de la adjetivación “flexible” responde a la caracterización nativa de la experiencia de un entrevistado que definió este tipo de prácticas como una flexibilización de la heterosexualidad sin salir de la misma, es decir, identificarse como otra cosa.

En la medida también que cada fenómeno impone su propio método para ser estudiado, la temática propuesta amerita un diseño de investigación emergente y exploratorio que pueda dar cuenta de voces y prácticas culturales precariamente –o nunca – abordadas con un carácter científico desde las ciencias sociales.

Entender la heterosexualidad significa definir la propia sexualidad en cuanto ésta implica un conjunto de relaciones sociales que son específicas histórica y culturalmente y que tienen como matriz la dupla diferenciación heterosexual/homosexual y hombre/mujer. La sexualidad no es anterior a sus condiciones de producción históricas en el mundo occidental. Por eso el uso del término “dispositivo” para referirse a ella alude a la crítica genealógica de Foucault, preclara en desmontar el efecto ideológico que naturalizó la sexualidad en la modernidad desde un punto de vista etnocéntrico. Desde esta perspectiva, la tecnología del poder que crea los saberes sobre el sexo, a través de la circulación de los discursos y su control, produce una multiplicación y no una exclusión de las sexualidades clasificándolas en un conjunto de sexualidades periféricas. “Al diseminarlas se trata de sembrarlas en lo real y de incorporarlas al individuo” (Foucault, 1996: 57-58).

De tal manera con la categorización taxonómica (o por lo menos el intento) de estas sexualidades periféricas se da un nombre a un deseo ocluido. La ley actúa así en su función represiva que efectivamente produce la heterosexualidad pero por exclusión

expulsión/repulsa crea el homosexual como otro abyecto. La abyección implica una economía significativa que, al mismo tiempo, produce el objeto que niega. Así, cuando aparecen otros deseos desviantes, sea de la heterosexualidad normativa sea de las sexualidades periféricas, podríamos decir que se constituye otra sexualidad periférica más, en el sentido de que la polisemia discursiva en la lógica de la ontogénesis de lo abyecto, es precisamente eso: la “otredad”, un significante vacío por contraste siempre ficcionalmente representado desde el universal hegemónico que fija el sentido dominante. Contrastes que sin ser otra cosa, comprenden todos los posibles sentidos que la sutura – en su relación de alteridad- estableció, dio nombre y constituyó como diferencia e incluso aquellos posibles sentidos y prácticas que pudieran venir a surgir. La hegemonía para sustentarse no puede dejar fisuras, o por lo menos debe intentar controlarlas interpretándolas y reinterpretándolas (Figari, 2007). Pero, ¿qué sucede cuando la desviación canónica paradójicamente se reconoce a sí misma como práctica hegemónica, en nuestro caso, heterosexual y no como “otra” cosa? Este fenómeno fue, de alguna manera, captado por quienes investigan o trabajan en la prevención de VIH/Sida, de donde surgió el tan discutido y aséptico término: hombres que tienen sexo con otros hombres (HSH).

Heteroerotismo masculino

Antes de entrar en la disidencia o flexibilidad de lo heterosexual, se debe intentar definir, aun cuando someramente, cuál es la formación discursiva hegemónica que regula la eroticidad heterosexual masculina (heteroerotismo masculino). Obviamente la construcción de la erogenia masculina como ideal regulador depende de sus condiciones de producción, es decir, de la memoria, tiempo y espacio concretos en que se estructura.

El patrón masculino hegemónico, entendido como ideal regulatorio, tiene algunos rasgos comunes en occidente, como consecuencia de la heterosexualidad que prescribe una forma determinada de deseo y las consecuentes prácticas relacionadas con el mismo¹. Por eso Badinter sostiene que una de las características más evidentes de la masculinidad en nuestra época es la heterosexualidad, hasta el punto de ser considerada un “hecho natural”. Así, en este esquema de comportamiento erótico sería básico el deseo y la actividad sexual restringida a las mujeres (Badinter, 1993; Gilmore, 1994; Kimmel, 1997; Connell, 1997). La

¹ En América Latina varias investigaciones señalaron la existencia de un patrón masculino dominante con caracteres específicos (Fuller, 1997; Valdés y Olavarría, 1998) exaltando en general la dimensión pública de lo masculino, en relación con la actividad, el ejercicio del poder, el machismo y la violencia. Vinculaciones entre masculinidad y erotismo son especialmente trabajadas por Viveros (2000), Pinho (2004) y Figari (2006).

heterosexualidad implica, también, que "la preferencia por las mujeres determine la autenticidad del hombre" (Badinter, 1993:123). En términos heteroeróticos lo masculino estaría vinculado estrictamente al "poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse, usando la fuerza si es necesario" (Badinter, 1993:123). Por otra parte, la estructuración del sujeto dentro de este patrón hegemónico supone la diferenciación con aquellos hombres que no cumplen estos requisitos y que quedan enmarcados en las sexualidades periféricas. Excluidos del campo de la masculinidad quedarían sobre todo los homosexuales: "las mujeres y los hombres gay se convierten en el otro contra los cuales los hombres heterosexuales proyectan sus identidades (...) y al suprimirlos proclamar su virilidad" (Kimmel, 1997:59).

Un primer y buen intento de contestar empíricamente la formación discursiva sobre la masculinidad heterosexista hegemónica fueron los estudios de Kinsey, a fines de la década de 1940. Para Kinsey, las experiencias e identidades que se generan en las prácticas de reproducción de las propias pautas heterosexuales son intrínsecamente variables, situándose en diversas gradaciones de legitimidad y/o aceptación. Esto lo llevó a elaborar la idea de "continuo heterosexual-homosexual". Así, desde el punto de vista de su comportamiento sexual los varones no serían dos conjuntos absolutamente diferentes divididos en hetero y homosexuales. Es la mente humana la que colocaría las cosas de manera tan enfrentada y esencialista. El mundo de los seres vivos es continuo en todos y cada uno de sus aspectos. El grado de heterosexualidad-homosexualidad de una persona, según Kinsey, puede variar de acuerdo a diferentes momentos o circunstancias determinadas. Pero si bien la intención de Kinsey con su escala es valiosa, queda atrapado en la lógica binaria al continuar sosteniendo las categorías homo u hetero como estados puros, o ideales regulatorios compactos. Las afirmaciones del tipo que las orientaciones sexuales son mixtas, es decir, susceptibles de experiencias o reacciones psíquicas hetero u homosexuales con mayor o menor predominio de una u otra, no superan la dicotomía de la diferenciación en términos antagónicos.

Según Bell y Weinberg, la homosexualidad puede ser vivida - lo mismo que la heterosexualidad - con una variedad de estilos de vida. "Los homosexuales forman un grupo extraordinariamente variado", por lo cual concluyen que debería quedar perfectamente claro que no se hace justicia a la orientación sexual de las personas cuando sólo nos referimos a la misma en singular. Así como existen homosexualidades, para estos autores, existen también heterosexualidades, incluyendo en cada una de éstas una diversidad de dimensiones interrelacionales (Bell y Weinberg, 1978). Esto nos posibilita entender que existen múltiples posibilidades, o estilos de vida, en torno a los cuales o, mejor dicho, a

partir de los cuales se organizan múltiples experiencias y posibilidades de reproducir y producir masculinidades heterosexuales (como también masculinidades homosexuales e incluso lésbicas, pero esto corresponde a otra discusión).

Experiencias heteroeróticas masculinas flexibles

“Yo me defino como un heterosexual flexible” (Héctor).

Las formas de tocar, de abrazar, del contacto sexual que van más allá de lo erógenamente admitido para los comportamientos sexuales esperados de cada sexo/género establecen trayectorias eróticas no autorizadas del cuerpo, lo que aquí denomino prácticas desviantes del patrón masculino canónico. Una pista está dada por la identificación básica de la hombría con la “actividad” y la femineidad con la “pasividad” y la extrema vulnerabilidad que en las prácticas sexuales concretas esto acarrea para el sostenimiento del binarismo actitudinal y performático que define la heterosexualidad. Por eso los hombres parecen ser más temerosos para lograr una cercanía física entre sí, y tal vez mucho más ante todos aquellos comportamientos que subviertan los preceptos de de la pasividad sexual de las mujeres sobre sus cuerpos. Como afirma Segal: “El sexo es con frecuencia el más problemático de los encuentros sociales precisamente porque amenaza tan fácilmente, en vez de confirmar, la polaridad de sexos. El más mínimo examen de la complejidad de las actividades reales de hombres y mujeres sugiere que el sexo hetero puede no ser ya más afirmativo de las posiciones de sexo según las normas (y por tanto no menos ‘perverso’) que sus alternativas gay y lesbianas. En el sexo de mutuo acuerdo, cuando se encuentran los cuerpos, la epifanía de ese encuentro, su pánico y su excitación, es precisamente que todas las grandes dicotomías (actividad/pasividad, sujeto/objeto, heterosexual/homosexual) se desvanecen” (Segal, 2000:45). Por eso, el heteroerotismo masculino comprende no sólo las prácticas y discursos reproducidos y por ende producidos en el complejo sexo/género binario, sino también las experiencias de lo que no puede ser hablado o para lo que ni siquiera hay palabras o categorías para expresar. Entiendo como experiencia las vivencias del cotidiano, que no necesariamente requieren un registro reflexivo cognitivo, es decir, que nos remiten a una conciencia de tipo práctico. Las denominaré experiencias de subversión cotidiana, puesto que implican un deslizamiento del sentido en los moldes del patrón comportamental o el lenguaje heterosexista. Suponen trayectorias que se recorren en - y desde - otros cuerpos, y de otros a otros se aprenden y se recrean en cada encuentro (Figari, 2007).

Lo que pretendo describir no es la totalidad – inabarcable por otra parte – de las posibilidades de variación erótica heteronormativa, sino cierto tipo de experiencias que involucran sujetos autoidentificados como hombres heterosexuales, que de alguna manera transgreden o desvían las pautas esperables de la erotogenia masculina hegemónica. No persigo tampoco construir posibles tipificaciones con algún carácter representativo. En esta instancia exploratoria utilizo el criterio del mejor caso posible como eje vertebrador de una argumentación que problematice y ponga en cuestión, o por lo menos relativice, categorías ampliamente aceptadas. Gran parte de tales experiencias pude describirlas a partir de observación participante y no participante en *darkrooms* (túneles o cuartos oscuros)², saunas y otros lugares de encuentro gays o “mix”³, entrevistas con informantes clave, conversaciones informales, o por recursos de Internet (como *chats, blogs, sites, e-mails*).

Para la exposición de los datos registrados en mi libro de campo, como así también de los registros de las conversaciones y/o entrevistas, utilizo una modalidad de redacción literaria que denominé “escenas”, que intentan trazar de forma breve y concisa una instantánea descriptiva de diferentes situaciones.

Complicidades

Escena 1: Noche de domingo en un boliche mix. Una hilera de jóvenes sentados miran pasar una marea humana de otros que circulan entre ellos. Un joven musculoso y moreno, de los que circula, busca entre esos cuerpos que esperan sentados. Elige cuidadosamente. Escoge un muchachito rubio saca su pene y se lo coloca en la boca. El muchacho succiona con fruición. Un tercero se acerca a la escena. El chico moreno lo mira y le dice al muchachito rubio –“chupásela a él también”. El muchacho obedece. Chupa alternadamente el pene de uno y de otro. Los dos cuerpos de los que están de pie no se rozan ni un segundo pero se miran cómplices. Uno le guiña el ojo al otro y exclama: “¿viste cómo la chupa?”.

El tercero que se había sumado después de un rato se va. En otra de las vueltas encuentra nuevamente al joven moreno, esta vez con otro muchachito chupándose. Nuevamente, con la mirada y el sólo gesto de correrse, éste le ofrece compartir al jovencito. Compartir nuevamente sus dos penes en alguna boca.

² Los *darkrooms*, cuartos oscuros o laberintos son espacios generalmente ubicados en lugares bailables que, a media luz o con total oscuridad, permiten prácticas sexuales sin intimidad.

³ En el argot gay lugares “mix” son aquellos frecuentados tanto por gays como por heterosexuales (“paquis”).

Escena 2: Túnel de un boliche mix. Domingo a la madrugada. Un joven atlético, de apariencia muy a la moda, coloca a una travesti en cuatro patas encima de un sillón, le levanta la pollera y comienza a penetrarla. Hace un juego de vaivén muy rápido con sus caderas, mientras se equilibra con los brazos medio extendidos. En una de sus manos sostiene la cerveza que bebe intermitentemente. No está concentrado en la joven travesti que está penetrando, parece que sólo en el movimiento. Se acerca alguien, él lo mira y con la lata de cerveza lo llama: “¡Hey! ¿querés vos también?”. El muchacho se acerca más, lo vuelve a mirar, le señala la travesti en cuatro patas y le dice nuevamente: “Vamos, dale, dale vos también querés, dale vos también”.

Los comportamientos sexuales que denomino “cómplices”, aparecen muy a menudo en experiencias donde hay circulación de varios heteros conocidos o no. Parafraseando a Freud, quizás la complicidad debería ser leída como el comportamiento de “horda”. En el caso de intercambios sexuales con otros hombres, o bien refriegan sus penes (“lucha de espadas”) o bien se hacen “chupar”. En algún caso pueden también penetrar a otro hombre. Muchas de las veces se inclinan por juegos eróticos con travestis. No obstante, hay ciertas reglas en el acceso a las travestis, tanto en el acercamiento como en el juego erótico, en general planteadas por ellas mismas. En general, en los casos de los comportamientos eróticos grupales entre hombres heteros hay una propensión a la complicidad, tal vez más marcada que la misma situación entre gays. Por otra parte, ambos grupos, heteros y gays, aunque se encuentren distribuidos irregularmente se reconocen y no se mezclan, ni siquiera se rozan. En este último caso, también funciona el comportamiento solidario, o bien la reafirmación de cierto dominio del grupo o complicidad en el acto erótico. En estos contextos de encuentro grupal es muy recurrente entre heteros la invitación a compartir una boca o un ano como centro de su placer sexual.

Crossdressing

Escena 1: “Cuando tenía 12 años, aprovechaba que mi mamá religiosamente dormía la siesta y me encerraba en su cuarto para vestirme con sus bombachas, blusas, pantalones, vestidos e polleras, ¡siempre desfilando de tacos! Cuando ella salía de casa, yo iba más lejos aún: me maquillaba, pasaba lápiz labial y hablaba por teléfono haciéndome la loquita afeminada buscando un par de zapatitos para mi piecito... Paralelamente, fui descubriendo mi heterosexualidad, y eso me hacía sentir más loca: ¿cómo me pueden gustar las mujeres y al mismo tiempo gustarme SER mujercita? Intenté forzarme para que me gustaran los hombres, pero percibí rápidamente que estaba forzándome demasiado. Pero también percibí que ADORABA fantasías con que yo era una mujer para algún hombre de una forma

más sexual... Complicado, ¿no? Para complicar más todavía, hombres afeminados, locas y travestis me dejaban muy excitado, pero de una forma diferente que las mujeres: quería relacionarme sexualmente con mujeres, pero por 'las otras' sentía APENAS un deseo enorme de estar cerca, de relacionarme, de ser una de ellas..." (Leticia Cloggy, carta al Brazilian Cross-Dresser Club; las mayúsculas son del original).

Escena 2: "Una realidad de las crossdresser es la de su doble identidad. A diferencia de las travestis que han decidido vivir como mujeres, las cross, al igual que Batman (permítanme esta comparación graciosa) tenemos dos vidas. Nuestra habitual vida como varones (¿Bruno Diaz? jaja) y nuestra cuasi secreta vida de mujeres (¿eres tú Batman?). Obviamente todo esto sin que tenga que ver para nada nuestra orientación sexual (seas homo, hetero o bisexual). Desde luego que éste es un mal de nuestra cultura, que discrimina lo diferente. Imagínense la posibilidad de ir algunos días a mi trabajo vestido de varón y otros vestida de mujer y pintada, según fuera mi ánimo de ese día que es como a mí personalmente me pasa. Suena raro ¿no?

Así también existen cross que eligen esta opción, aunque preferirían vivir como travestis, pero por motivos familiares o presiones sociales, no pueden hacerlo.

Cualquiera de nosotras se escandalizaría si alguien de nuestro entorno de varón nos viera como chic@s (salvo en los casos en que hemos sido nosotras quienes hemos confiado en esos amigos y le hemos contado nuestro 'secreto').

Eso también hace que entre las que nos hemos conocido en reuniones salidas o hasta cafés estando de varón, que se genere una confianza, un feeling distinto, una especie de 'cofradía' de crossdressers, que nos hace sentir tan cercanas, tan amigas, aunque nos hayamos conocido recién. Así que si algún muchacho que nos ha conocido 'montadas' (es decir como chic@s) nos reconoce cuando estamos de varones en un ambiente de todos los días (por ejemplo en un banco o en un restaurant) sepa que 'su hallazgo' puede no ser bien recibido, y si ha descubierto que 'Bruno Diaz' no es otro que el mismísimo 'Batman', por el bien de 'Ciudad gótica' y la lucha contra los villanos, no es recomendable que ande contando por allí, su descubrimiento" (Testimonio escrito de Luli, o también Barbara Fierro, la hija del comisionado Fierro o sea 'Batichica').

En este último relato, más que una experiencia se pone en juego una identidad globalizada muy definida. Las *crossdressers* son hombres que cultivan la femineidad como valor en la estética visual y el fetiche de las ropas de mujer en el cotidiano (Figari, 2007). En general sólo se "producen" para reuniones íntimas, por lo cual se autodistinguen de travestis y transexuales. En el cotidiano conservan su "identidad social masculina". Tan diferenciados son sus dos géneros, que en Brasil por ejemplo, a su parte mujer la denominan CD

(crossdresser) y su lado masculino lo denominan “sapo”. Una *crossdresser* puede identificarse como heterosexual, gay o bisexual. Gran parte de las CD, como en el caso del testimonio de Leticia, tienen deseo sexual por mujeres, que en algunos casos pueden aceptar y hasta vivir eróticamente la experiencia CD de su pareja. Lo cierto es que las CDs no dejan en ningún momento de considerarse hombres, e incluso ser CD no significa dejar de tener deseo y placer sexual por mujeres. La transgresión en el campo erótico está en la apariencia, que incluye la vestimenta pero también la gestualidad y los comportamientos sexuales. Una CD heterosexual no pretende un par masculino en la cama sino una mujer, en este caso, como “ella”.

Mujeres de sexo masculino

Escena 1: Distintos grupos de travestis y crossdresser circulan por las pistas de un conocido boliche gay un sábado a la noche. Están siempre muy cerca de los espejos. Bailan con su figura. Se admiran. Varios jovencitos y muchachos se acercan, les dicen cosas, generalmente agarrándoles el brazo o alguna parte del cuerpo. Ellas miran, desvían la mirada, desdeñosas le sacan la mano. Algunas bailan con ellos como si bailaran con el aire, miran a través de ellos como si no existieran. La noche es de ellas. Son diosas y lo saben. Tienen un ejército de admiradores que literalmente las asedian, como perros en celo. En la cara de los muchachos es indisimulable el deseo urgente. Algunas, bellísimas son casi intocables. Se sacan los tipos de encima elegantemente, pero como si espantaran moscas. Son los “garrones”, y aquí el acercamiento es otro. Hermosos jovencitos, algunos casi adolescentes con su mejor cara de babosos también las cercan. Hay toda clase de hombres y ellas pueden elegir. En sus tacos son poderosas y también lo saben. Los garrones que circulan pululando a través de las travestis ni siquiera registran la presencia de gays en el lugar. Si alguno osa tocarlos o seducirlos, probablemente reciban una mala mirada, un empujón o una piña.

Escena 2: Un boliche gay. Sábado a la madrugada. Una travesti apoyada en la pared del *darkroom* se deja tocar todo el cuerpo por un grupo de hombres a su alrededor. Enmarañados, manos, bocas, penes y lenguas se deslizan, se apoyan, la recorren. En determinado momento, la jovencita para el juego, se da vuelta colocándose de espaldas, saca su bombachita y levanta su pequeña falda. Como si esto hubiera sido una voz de orden la “horda”, pene en mano, forma una ordenada fila y uno a uno van penetrando a la jovencita, que, aunque no parece, dirige en todo momento la intensidad, cómo, cuánto y quién.

Escena 3: Buceo en Internet en la comunidad virtual “Foro Escorts: Foro de consultas y experiencias con acompañantes” y su Chat “Bairesgirl” que reúne a un nutrido grupos de *escorts* femeninos y trans por una parte, y por otra hombres heteros que se denominan “gateros”. Converso sobre los gustos de Mark, uno de los “gateros”, más asiduos quien me indica que vea la descripción de su perfil de presentación. Allí en su preferencia erótica figura la categoría: “mujeres de ambos sexos”. Las TV (de travestis o “traviesas” en la jerga internauta), son definidas por los gateros en términos de una mujer con sexo masculino.

Los comportamientos que aquí describo en las dos primeras escenas con travestis son de carácter erótico y completamente casuales. No incluyo experiencias afectivas. Sin embargo, estos “chongos” o “garrones”, como las travestis los denominan, son aquellos hombres heteros con los cuales tienen sexo sin mediar, en general, alguna contraprestación pecuniaria. Estos comportamientos adquieren algunas particularidades cuando son realizados grupalmente. La travesti es colocada en un papel de adoración fetichista. Los hombres la buscan con ansias y se juegan complicados mecanismos de seducción y acercamiento. En los comportamientos sexuales grupales, se escenifica otro juego. La travesti se coloca en una posición de exceso, pero de goce. No media aquí la relación comercial sino el puro placer que ella digita. Obviamente las prácticas eróticas pueden ser absolutamente diversas: una travesti chupando un pene o un hombre chupando el pene de ella. O comportamientos tan usuales para el sexo entre hombres como el refregar pene contra pene (“lucha de espadas”).

En el tercer relato, por el contrario, hay una mediación pecuniaria y no un comportamiento grupal. Lo relevante de este relato es la categoría de asignación genérica que manejan los “gateros”, en la comunidad virtual de *escorts*: “mujeres de ambos sexos”. Esto supone que hay dos tipos de mujeres: mujeres con sexo femenino y mujeres con sexo masculino. Rompen así con el imaginario de que travestis son hombres producidos de mujer. No puedo dejar de relacionar esto con otras dos cuestiones. Una es el reclamo que hacen las travestis para ser reconocidas como mujeres en los encuentros feministas. La otra cuestión surge de la conversación mantenida con una travesti cuando me contaba que el gran problema de sus maridos o novios es que siempre la trataban como mujer: -“No nos ven como travestis. Para ellos, una, siempre es una mujer” (Livia). Esta cuestión se inserta directamente en los complejos procesos de los planteos identitarios/políticos de las travestis.

Camuflajes

Escena 1: Viernes a la noche. Asadito en la casa de Alberto. Es un asado sólo para hombres. Las mujeres ese día se juntan en otro lado. Charlas futbolísticas, regadas con bastante vino, muchas referencias a minas, tetas y algo de política. Pero a la hora de los postres, el tío Rubén repite el ritual de cada asado. “¿Comenzamos?”, dice cómplice entre alegre y amanerado. Entre risas y bromas, el tío Rubén va hasta el garaje y vuelve con un baúl con rueditas. Excitado lo abre y comienza a sacar todo tipo de implementos femeninos. El resto se acerca al baúl de los milagros de donde salen pelucas de todo tipo, remeritas ajustadas, minis coloridas, braguitas mínimas, corpiños con puntillas, zapatos de taco alto, medias finas, sedas, satén, lentejuelas, alguna vieja cola de zorro. No puede faltar el rouge y delineador con que maquillarse. Cada uno busca la mejor combinación, la más osada, la más sexy. Desfilan, juegan, bailan juntos. Con su pollerita amarilla alguno ensaya los bamboleos de “la bomba tucumana” (una conocida cantante de cumbia) arriba de una mesa. El vino sigue corriendo. Cada vez más, parece que hasta a propósito. Los efluvios etílicos se mezclan entonces con las actitudes difusas, se tocan, se pellizcan, algunos (algunas a esta altura...) con un puaj se dan un piquito. Se apoyan. Tío Rubén saca una cámara de fotos que nunca nadie verá ¿Será que de verdad sacaba fotos? Posar para la cámara era la invitación y excusa, para agarrarse, apoyarse, excitarse, jugar a poner el bulto de la bombachita en la boca, meter una mano, darse un beso. Algunos realmente se sobrepasan con el tío Rubén, que a esta altura se ha convertido en una tía ardiente que no repara en todo tipo de toqueteos profundos. Y bueno, está alegre, dicen, aparte es el más fiestero y es el dueño del cofre de los sueños.

Al día siguiente, entre la resaca, alguien comenta, “¡Qué loco anoche no!, cómo nos divertimos. ¡Qué locos que somos!... ¿Cuándo es el próximo asadito?”.

Prima facie, esta escena parece una modalidad de vivencia *crossdressing*. No obstante, aunque pueda existir alguna fascinación particular en el uso de las prendas femeninas, la dinámica de la situación, entre el grotesco y el juego, supone un grado de acercamiento físico entre hombres más que un disfrute específico desde la feminización de las actitudes y comportamientos. Las prendas femeninas, el juego del *crossdressing*, el contexto de fiesta y mucho alcohol, actúan a modo de camuflaje y disculpa, facilitando y habilitando el contacto físico, el toqueteo y hasta mucho más. En muchas fiestas de hombres, donde el alcohol u otras sustancias entran en juego, lo erótico aparece en una modalidad muy especial de roces, exhibicionismo, toque y acercamientos. El grotesco se convierte en una excusa, la payasada o la imitación burlesca en un camuflaje para burlar las defensas del acercamiento erótico entre varones heterosexuales. El alcohol tiene en todo esto dos funciones específicas. La primera es la liberación de represiones, por eso en Brasil existe un proverbio muy común que reza: “*cu de bebêdo não tem dono*” (“culo de borracho no tienen dueño”).

La segunda, que el alcohol supone y habilita para el olvido. Después, al otro día, se supone, nunca se sabrá lo que pasó.

Mujeres y prótesis

Escena 1: “No sé por qué pero fue el impulso de meter los dedos en él. La primera vez la reacción fue: -‘no soy gay’. Pasó mucho tiempo hasta que con otro lo intenté, sólo que esta vez él pidió que moviera algo dentro, un objeto dijo... no me sorprendió, creo que pensé: si lo siguen los tipos y no le jode... creo que ahí me compré el mote de ‘mi mejor amante’. Después vinieron los pedidos de *ménage à trois* y cosas del tipo.

Algunas veces con otros intenté tocarles apenas el ano, creo haber sentido el ceño frunciéndose y, quién, sabe la curiosidad contenida. Uno de ellos pidió una vez que le besara el culo, devolución, dijo, a tanto esmero por cogerme por atrás. Y después otro se sorprendió con mis exploraciones, confesó que tenía miedos, que sé yo de qué... decía que le gustaba y le daba sensaciones antes desconocidas, como si fuese otra parte de su virilidad que estaba por ahí decía... Después ensayé pedirle para ponerle objetos, no se animaba, por miedo a que no se los pueda sacar dijo, reí mucho, pero al fin de cuentas es cierto, una banana se puede quebrar, y no que no pueda salir, pero sería una aflicción... Entonces probé con algo rígido pero no agresivo. Lo primero que me vino en mente fue el mango de un cepillo de madera redondeada. No muy grande ni muy pequeño. Y se ve que fue el tamaño justo porque lo experimenté con casi todos los que pasaron por mi cama.

Claro que otros nunca dijeron qué querían, muy acomodados en lo que sabían hacer, tampoco exploraban ni daban espacio y creo que yo me divertía también con sus lugares comunes, así pude hacer mi lista de ‘recordables’ y ‘lamentables’.

Las sensaciones que más me vienen con los recordables, es de haber dado algo muy especial, o sacado afuera aquellos gestos impensables en un macho, un disfrute particular que parecía pedir siempre más” (Testimonio escrito de Elvira).

Si ya se habló de mujeres de sexo masculino, por qué no habilitar las prácticas eróticas que, aunque realizadas con “mujeres de sexo femenino”, igualmente transgreden las fronteras de la erotogenia masculina hegemónica. Es el caso, como describe tan certeramente el testimonio escrito de Elvira⁴, de los hombres penetrados por mujeres, sea con prótesis peneanas, artefactos o el dedo. El ano parece haber sido históricamente la piedra de toque de la diferenciación sexual/social. Desde los griegos la pasividad, en su lectura de los gustos

⁴ Un comentario metodológico sobre este testimonio. En el caso de relatos contados, a veces tan escabrosos, se hace difícil poder comunicarlos sin pudor en una situación de entrevista. Fue la propia Elvira – nombre de fantasía - la que propuso hacer una carta para relatarme estas prácticas.

sexuales, era vista como innoble si concernía a un ciudadano. El patrón que liga masculinidad/poder/actividad en la sociedad esclavista greco-romana constituía una cualidad política o estamental. El ciudadano griego podía mantener relaciones sexuales como agente “activo” con su mujer y otras mujeres, con sus esclavos y esclavas, y con los prepúberes (efebos). Pero cuando éstos adquirían la calidad de ciudadanos ya no podían ser objetos sexuales (en tanto pasivos) y su deber, entonces, era cambiar de rol hacia la actividad. Lo que no le estaba permitido, de manera alguna a un ciudadano, es tener relaciones sexuales en calidad de pasivo, con ningún tipo de sujeto. (Halperin, 1991). La sexualidad y la sociedad estamental fincada en la América colonial, parece haberse moldeado en forma muy parecida al modelo esclavista greco-romano, cuestión que parece haberse constituido como un patrón de masculinidad específico para América Latina⁵. En todo caso es atávica la frontera erógena que se constituye en torno al ano del hombre, que podría parafrasearse como un himen que, en este caso, jamás podría ser roto sino al precio de perder su propia masculinidad.

Sutilezas

Escena 1: Túnel de un boliche mix, sábado, 4:30 de la mañana. El lugar está lleno. Entre los cuerpos apretujados que circulan en un ida y vuelta permanente un muchacho robusto, masculino y de barba está sentado practicándole sexo oral a otro joven moreno, también masculino y de mediana edad, con acento litoraleño. Se acerca un jovencito, cerveza en mano, saca su pene y comienza a masturbarse mirando la escena. El muchacho correntino abre su cuerpo hacia el costado invitándolo a participar. El chico de barba acepta chupar alternadamente, y por momentos juntos, ambos penes. Los dos jóvenes de pie establecen breves diálogos. El jovencito que se sumó llama a un amigo que está muy cerca, literalmente revolcándose en un sillón con una travesti. Este muchacho, también muy joven sólo habla inglés. El jovencito le dice: “Come here too!”. El americano mira como intrigado la escena y pregunta: “And the women? Where are the women?”. El jovencito, ríe y lo traduce: - “¿Mujeres? No acá no hay mujeres, dale vení”. Mientras el muchacho sentado lidia ahora con tres penes, el americano, entre resignado y sorprendido lanza exclamaciones de aprobación: - “Cool!... Oh yeah!”

El jovencito, desenfadado, exclama a viva voz: “A mí que me la chupe un tipo todo bien, ahora coger, sólo me cojo una mina”.

⁵ Sobre el patrón masculino activo y la masculinidad como sinónimo de penetración indiscriminada en América latina existe numerosa literatura brasileña. Ver Fry (1982); Green (2000); Parker (1999) y Figari (2007).

Escena 2: Julio, en una conversación: “Yo soy un hetero flexible. Me gustan unos buenos amases. Sentir los cuerpos rozándose. Un buen revolcón entre dos machos. Pajearnos. Frotarnos las pijas. Una lucha de espadas macho...Pero no, nunca penetré un tipo”.

Escena 3: Marcelo, en un sexclub⁶: “Yo amo y soy fiel a mi mujer. Me encanta como mina y es la madre de mis hijos. Le soy completamente fiel. Nunca la engañé... con una mina. Ahora los hombres son otra cosa. Con hombres es por puro placer, me gusta la variedad. Cuantos más sean y mayor sea el morbo mejor. Me encanta que me vean hacerlo y hacerlo con varios a la vez”.

Escena 4: Alejandro, a modo de confesión, un tanto perturbado: -“A mi novia la amo y con ella siento placer. Nunca la engañé con otra mina. Esto de los tipos es absolutamente nuevo. Pero, cómo te explico... con ellos no es verdaderamente placer, es sólo un juego”.

Escena 5: Francisco, en conversación, en tono angustioso: “Comencé hace muy poco con esto. Fue así de golpe. No sé. Muero por chupar una pija. Pero cada vez que lo quiero hacer me viene a la cabeza la cara de mi hijo y no puedo, no puedo”.

Lo que denomino “sutilezas” tiene que ver con aquellas representaciones que de alguna manera intentan darle o restituirle un sentido posible a sus acciones eróticas con otros hombres. Claro que con menor o mayor suerte. Uno de los extremos es la jocosidad y las negociaciones consigo mismos de los heteros flexibles respecto a sus prácticas, como el caso de ser chupado por otro hombre u otros comportamientos que no incluyan penetración (porque “coger sólo con una mina”). Otras posibilidades de negociaciones son las distinciones de objeto, basadas en el corte afectivo/fidelidad versus sexo/variedad. Mientras este corte es vivenciado positivamente por Marcelo, lo es con ciertas reservas por Alejandro, en una original traslación de placer a juego. El otro extremo, como el relato de Francisco, es la experiencia de total angustia e imposibilidad de autonegociación con su deseo, la imposibilidad de la sutileza retributiva.

Silencios

⁶ Local destinado especialmente a la búsqueda de sexo casual, incluso grupal, denominados también *cruising bar*. En Brasil, *clube de orgias*.

Escena 1: El clásico picadito del domingo acaba de terminar. El calor es infernal pero el fútbol de domingo es sagrado en provincia. El grifo cercano a la cancha del parque apenas sirve para tirarse un poco de agua en el torso y colocar la cabeza debajo. Lito compra una gaseosa antes de subir al auto de Juan. Lito es heterosexual, se casó hace un año y está intentando un tratamiento con su mujer para ser papá. Juan es gay pero nunca lo habló con su mejor amigo. Sedientos y sudados, llegan a casa de Lito. La mujer los domingos a la tarde siempre está en la casa de sus tíos. Con la típica desinhibición masculina, Lito se desnuda y se mete en la ducha. Juan qué también tiró su ropa conversa con él en el baño sobre el arreglo del auto. Sin interrumpir la conversación, distraídamente, extiende su mano y comienza a tocar el pene de su amigo, que en el acto queda rígido. Como si nada pasara continúan la charla. Cuando Juan lleva el pene de Lito a su boca, se hace el silencio. Durante casi una hora sólo se escucha el sonido de la transmisión de un partido matizado con algún que otro jadeo. Cuando acaban, una ducha rápida. Se visten y mientras se ponen la ropa escuchan la televisión y comentan los resultados de los partidos de la tarde. Unos meses después la mujer de Lito consigue quedar embarazada. El padrino de bautismo es lógicamente Juan, su mejor amigo, que también fue su testigo de casamiento en el civil. Los partidos de los domingos se repiten ahora cuando se puede. Lo que “no pasa” en el silencio entre los dos amigos se repite también.

Escena 2: Madrugada de sábado en un boliche mix. Un grupo de jóvenes con bastante alcohol encima recorren vociferantes y exaltados una y otra vez el túnel. Son los curiosos. Su comportamiento significa que no vinieron a quedarse y que si circulan por ahí es rápidamente para observar que pasa, a modo de curiosidad. Entre tantos periplos, uno de los jóvenes se pierde. Otro amigo vuelve a buscarlo, lo llama a gritos. De pronto lo ve apoyado contra la pared con una travesti practicándole sexo oral. Su cara es una mezcla de sorpresa, gracia, espanto, admiración y “esto no está pasando”. Exclama a viva voz: - “¡uhhhhhh!” Y jocoso le dice –“Nadie vio nada, acá no pasó nada, nadie sabe nada”. Silba bajito y se van juntos.

La experiencia del silencio es una de las más atávicas, pero de las más fértiles, en materia de posibilidades de novedades semánticas que devengan en posteriores posibilidades lingüísticas. Durante siglos, el amor entre mujeres no conocía otra forma lingüística que la amistad. Pero la materialidad de las prácticas fue constante. En el caso de los hombres fue denominado por Wilde: “amor que no osa decir su nombre”. Y ocurre también, y es lógico que así sea, en el campo del heteroerotismo masculino, en tanto no existen posibilidades expresivas en términos del lenguaje que capten estas prácticas materiales. Entretanto, sólo quedaran las sutilezas, los camuflajes, los silencios.

Conclusiones: Por qué hablar de heteroerotismo flexible

La distinción entre dentro y fuera se derrumba cuando dedos, labios, nariz y lengua se pasean sobre, en y entre la carne del otro (Segal, 1994: 46)

Lo erótico puede ser entendido como un vínculo fantasístico que crea un cuerpo sexualizado a través de las sensaciones, el placer y displacer y la erotización. Un cuerpo que desea ciertos objetos (debe y no debe desearlos) y que siente placer sexual en determinadas zonas del cuerpo (erogenia). Es decir, desde las regulaciones culturales se aprende y reproduce una erótica hegemónica. En términos de Wittig, esto denotaría una falsa unidad que en realidad fragmenta al cuerpo, una desunión que reduce su erogenia. Por eso, el estudio de lo que denomino heterosexualidades flexibles implica una descripción por momentos más extensa de aquello que entraría en consideración en la heterosexualidad comprendiendo la propia sexualidad, la dispersión semántica que implica y las luchas para definir las reglas que determinarán lo que puede y lo que no puede ser dicho en referencia a ella.

Las experiencias que analizamos del heteroerotismo, el contacto físico sin palabras, las sutilezas y restituciones semánticas, los camuflajes y las traslaciones de cuerpos y sexos, las trayectorias de complicidad, la libre circulación de lo erógeno en el encuentro con mujeres de sexo masculino y mujeres de sexo femenino, en general, vemos que están vinculadas al encuentro de cuerpos sin voz. Una fractalidad de cuerpos sin un habla que establezca el núcleo antagónico, entregados a la repetición y creación del placer en el campo de la pura comprensión sensible. Formas de tocar, modos de abrazar, de contacto sexual, lugares no establecidos que establecen mapas no autorizados del cuerpo.

El comportamiento de los cuerpos es táctico, fugaz e intermitente. A partir de avances y retrocesos intuitivos y sensitivos se producen prácticas y se sedimentan trayectorias. Recorridos de cuerpos a cuerpos aprendidos y recreados en cada y otro encuentro. Una indubitable operación de *poiein* (fabricación semántica), ensayada desde una reflexividad práctica (corporal) que abre una serie de posibilidades de creación semántica. La reflexividad corporal no pasa tanto por el saber sino por las categorías de lo sensible. Lo visual, lo auditivo impresionan desde lo estético o lo expresivo, lo táctil impresiona desde y hacia el cuerpo. Imágenes de lo que no se puede, no se concibe, no existe. De alguna

manera lo que tales experiencias crean son “imágenes” no vividas o para las que la vida no prepara (Figari, 2007).

En una rápida interpretación de estos registros y testimonios, se podría también afirmar desde un paradigma identitario esencialista que todo acto desviante sitúa al otro en una sexualidad periférica. Lo que, en gran parte de los casos analizados, se puede traducir también como todo acto homosexual convierte a la otra persona en un sujeto homosexual (o peor aún en un homosexual “reprimido”). Esto nos llevaría al absurdo de tener que admitir que porcentajes enormes de la población masculina o femenina es homosexual, aunque no lo sepa. Un tanto más moderado, pero no menos escandaloso, sonó en su época Alfred Kinsey cuando sostuvo que por lo menos el 37% de la población masculina americana había tenido o deseado tener algún tipo de experiencia homosexual (qué no es lo mismo que decir que son homosexuales). Pero, como ya comentamos, sucumbió a la tentación taxonomista del zoólogo y clasificó en escalas de gradación, entre cero y seis, las posibilidades de ser absolutamente heterosexual y absolutamente homosexual. Con esto Kinsey volvió a cerrar la cuestión y parte de su invaluable aporte quedó a merced de importantes y atendibles críticas.

Se podrá también objetar ¿son en sí heterosexuales que tienen experiencias homoeróticas o son ya otra cosa, en el sentido de constituir otra identidad? Y me pregunto, ¿eso realmente importa? Lo que debería primar en cualquier análisis de prácticas y experiencias sexuales es la autodefinición y la vivencia del sujeto en cuestión más allá de cualquier categoría parafrástica como son las sexualidades heterosexuales o inclusive las periféricas.

Como he intentando mostrar a partir de algunos breves ejemplos la heterosexualidad incluye también entre sus posibles comportamientos actos de los considerados homosexuales y también prácticas con “mujeres de sexo masculino” (travestis), sin que esto signifique “ser otra cosa”. Como bien lo capta Lynne Segal: “La sexualidad puede ser un lugar para la vulnerabilidad tanto masculina como femenina (aunque cualquier coerción que encuentren los hombres viene casi siempre de otros hombres). Esta es la razón por la que los hombres, más que las mujeres, a menudo tienen miedo a la cercanía física, negándose a sí mismos los placeres de la pasividad que al final, es de lo que va mucho del sexo placentero. Los hombres, como las mujeres, desean lo que también temen y aborrecen: la intensa vulnerabilidad que acompaña los abrazos, apretones y penetraciones de otro, sean rítmicamente producidas por dedos, lenguas, labios, dientes, brazos o el más frágil de los apéndices, el pene” (Segal, 1994:46).

Por eso, las consecuencias políticas de esta afirmación no son menos importantes, ya que estas posibilidades minan de raíz las bases de la diferenciación sexo/género en el campo erótico y por ende, movilizan y conflictúan las aristas del género en la constitución de la vida social. En realidad más que clasificar, y menos aún rotular, lo que aquí presenté sólo a modo descriptivo y para un mejor entendimiento del problema que quiero colocar, es un conjunto de puras experiencias sin nombres ni casi sentidos. No obstante, saber que esto ocurre ya importa un cambio en la observación de los fenómenos, de lo que abarca nuestra mirada sobre la propia sexualidad en sí (o quizás la propuesta es precisamente el ya no poder abarcarla más). Claro que seguir trabajando en esta línea supondría análisis más profundos con comparaciones densas sobre los fenómenos observados y tantos más.

Desmontar el paradigma sexo-género y hetero-homo implica la salida de la cristalización identitaria y la afirmación política de la diferencia, y una apelación más contundente a la contradicción permanente que se disemina en el campo del encuentro de cuerpos con o sin palabras, en la pura experiencia. No obstante, lo erótico, en tanto producto del deseo y el placer se juega principalmente en el campo de la fantasía, de la imaginación y del recuerdo. Así las cosas, posee un plus de sentido que excede permanentemente la definición de sexual, la geografía de lo erógeno y la definición de los objetos. El deseo erótico se juega también en la violación del incesto, de los objetos normales o de la sexualidad madura (en términos freudianos) y por ende de la heterosexualidad compulsiva y sus apósitos periféricos. En el juego erótico, deseo y placer, son quizás uno de los campos más fértiles de producción y de experimentación no cognitiva, es decir de reflexividad práctica y de apertura semántica.

Referencias bibliográficas

Badinter, Elizabeth (1993) *XY, La identidad masculina*, Madrid: Alianza.

Barthes, Roland; Sollers, Philippe; Klossowski, Pierre (1968). *Sade, filósofo de la Perversión*, Montevideo: Ed. Garfio.

Bell, Alan y Weinberg, Martin (1978). *Homosexualidades*. Madrid: Debate.

Butler, Judith. (2003), Problemas de gênero. Feminismo e subversão da identidade. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Connell, Robert (1996). *Masculinities*. United Kingdom: Politiy Press.

Figari, Carlos (2007) *@s outr@s cariocas: interpelações, experiências e identidades homoeróticas no Rio de Janeiro (séculos XVII ao XX)*. Coleção Origem: Belo Horizonte, Ed. UFMG: Rio de Janeiro, IUPERJ.

_____ (2006) "Política y Sexualidad abajo del Ecuador: Normalización y Conflicto en las Políticas gttbi de América Latina", en *Orientaciones. Revista de homosexualidades*. Madrid, Nº 11, 27-46.

Foucault, Michel. (1996) *Historia de la Sexualidad*. Tomo 1: La voluntad de saber, México: Siglo XXI.

_____ 1990. "El sujeto y el poder" en Torres-Rivas, Edelberto, comp. *Política. Teoría y Métodos*. Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana - EDUCA.

Fuller, Norma. (1997) *Identidades masculinas. Varones de clase media en el Perú*. Lima,:Pontificia Universidad Católica del Perú.

Freud, Sigmund (1976): "Tres ensayos de teoría sexual" en *Obras Completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.

Fry, Peter (1982) , "Da Hierarquia à Igualdade: a Construção da Homossexualidade no Brasil", in *Para o Inglês Ver*. Rio de Janeiro: Zahar.

Gilmore, David (1994) *Hacerse hombre. Consideraciones culturales acerca de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.

Green , James. (2000) *Alem do carnaval. Homossexualidade masculina no Brasil do século XX*. São Paulo: Editora UNESP

Halperin, David M. (1991), "Sex Before Sexuality: Pederasty, Politics and Power in Classical Athens", in Duberman, Vinicius e Chuancey, *Hidden from History. Reclaiming the Gay and Lesbian Past*. New York: Penguin Books.

Kimmel, Michael (1997) "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en: Teresa Valdés y José Olavarría(edit.) *Masculinidad/es poder y crisis*. Santiago: Isis Internacional.

Kinsey, Alfred; Pomeroy, Wardell; Martin ,Clyde (1967) *Conducta sexual del hombre*. Buenos Aires: Ed. Siglo Veinte.

Masters, William y Johnson, Virginia (1966). *Human Sexual Response*. Boston: Little Brown & Co.

Parker, Richard. (1999) *Beneath the Equator. Cultures of Desire, male Homosexuality and Emerging Gay Comunities in Brazil*. New York/London: Routledge.

Pinho, Osmundo Araújo (2004) "O Efeito do Sexo: Políticas de Raça, Gênero e Miscigenação". *Cadernos Pagu*, Campinas, v. 23, 89-120.

Segal, Lynne (1994) "Talking Straight: Reclaiming Hopes for Women's Sexual Liberation". *Z Magazine*, Nov. 1994, 45-48.

Seidler, Victor (2005) *Transforming Masculinities : Men, Cultures, Bodies, Power, Sex and Love*. Routledge.

Stolke, Verena. (2004) "La mujer es puro cuento: la cultura del género" en *Revista Estudos Feministas*, vol.12 no.2 Florianópolis, Mayo/Agosto.

Valdés, Teresa y Olavarria, José (1998) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, UNFPA, FLACSO-Chile.

Viveros Mara. (2000) "Dionisios Negros: Sexualidad, corporalidad y orden racial en Colombia", en Figueroa M. y San Miguel P.E (eds.) *¿Mestizo yo?*, CES- Universidad Nacional de Colombia.

Wittig, Monique. (1992), *The Straight Mind and Other Essays*. Boston Beacon Press.